

Isaac Deutscher

El significado de la destalinización¹

1956

”La destalinización, ¿es un síntoma de una tendencia liberal en la sociedad soviética o solamente un expediente temporal?” He aquí, probablemente, la cuestión más frecuentemente discutida por los intelectuales en estos días. Se me debe perdonar si digo que por debajo de la mera formulación de la cuestión uno puede advertir un alejamiento extraordinario de las realidades del problema. La idea de que la destalinización es solamente un ”expediente temporal” o una maniobra hábil, realizada por unos cuantos hombres del Kremlin en el curso de una estrecha pugna personal por el poder, tal vez tuviera un asomo de plausibilidad en 1953 ó 1954, antes de que se pusiera de manifiesto toda la fuerza de la reacción contra el stalinismo. En 1956 esta idea es manifiestamente anacrónica e insostenible. La ruptura con el stalinismo se advierte ahora en casi todos los aspectos de la actividad y del pensamiento soviéticos: en la política interior y exterior, en la educación, en los escritos filosóficos, en la investigación histórica y, en realidad, en todo el ámbito de la vida soviética. La magnitud y el alcance de los cambios que se están produciendo indican que presenciamos un trastorno en muchos aspectos orgánico, y a veces convulsivo, en la existencia de una parte muy elevada de la humanidad.

No nos detendremos aquí en acontecimientos tan recientes como el XX Congreso y el discurso de Khrushchev, cuya importancia es obvia. Estos acontecimientos y otros parecidos muestran que incluso si los sucesores de Stalin se habían guiado originariamente por meras consideraciones tácticas, las consecuencias de sus jugadas han trascendido de mucho lo táctico. El sistema autocrático de gobierno, heredado de Stalin, ha saltado en pedazos. La espina dorsal de la M.V.D., la policía política, se ha roto. El *univers concentrationnaire* se disuelve. Lenta, penosa pero inequívocamente, la monolítica uniformidad stalinista está abriendo paso a una cierta diversidad de perspectivas. Si la ”tendencia liberal” se define como una disminución radical de la coerción gubernamental y como un esfuerzo en pro del gobierno por consenso, entonces esta tendencia ha estado actuando obvia e incluso manifiestamente en la sociedad soviética.

Pero más importante, acaso, que la tendencia política, es, a mi modo de ver, la corriente subterránea social que la acompaña y que los comentaristas y especialistas occidentales apenas han advertido. Después de treinta años de la más despiadada y brutal represión por parte del stalinismo, las aspiraciones igualitarias vuelven a ocupar su lugar propio, cobrando fuerza y ejercitando, incluso, una influencia directa sobre la política oficial. La falta de espacio no me permite resumir aquí, y menos analizar, los procesos recientes que han tenido lugar en la política laboral y salarial soviética. Su efecto global ha consistido en reducir las grotescas desigualdades de la era staliniana. El stajanovismo, que compendia estas desigualdades, ha tenido un entierro discreto. El ”destajo progresivo” (método de pago según el cual un trabajador que produjera por encima de la norma percibía salarios que se elevaban progresivamente con el rendimiento adicional) ha sido declarado anticuado en muchos casos y socialmente peligroso (en tiempos de Stalin el ”destajo progresivo” era sagrado). El nuevo sistema salarial que se elabora en la actualidad se basa en el salario por tiempos, más que en el salario por obra, que había sido descrito por Marx como una forma de pago característicamente capitalista y que Stalin ensalzaba como la quinta esencia de un sistema socialista de incentivos. Hace veinte años, en *La revolución traicionada* y en otros escritos, Trotsky describía el papel crucial del pago a destajo en la

¹ Respuesta a las preguntas formuladas por *The Partisan Review*, otoño de 1956.

antiigualitaria política stalinista. El razonamiento de Trotsky ha sido vulgarizado y repetido *ad nauseam* por todos los izquierdistas y por muchos críticos no tan izquierdistas del stalinismo. Resulta, por consiguiente, extraño que estos mismos críticos no hayan advertido que la política de Stalin se está invirtiendo también en este punto crucial. Parecidamente, los antistalinistas señalaron invariable y correctamente que la introducción, en los años treinta, de pagos en la educación secundaria y superior era una medida que promovía la desigualdad social, y algunos llegaron a ver en ello, incluso, el acto decisivo de una "contrarrevolución" en la U.R.S.S. Por lo tanto, resulta cuando menos ilógico por su parte no reconocer que, con la abolición de *todos* los pagos en la educación, los sucesores de Stalin han asestado un importante golpe contra la desigualdad (ningún país de Occidente, ni siquiera el más rico, proporciona a sus ciudadanos una educación libre en todos los grados).

La destalinización y la "liberalización" serían, en realidad, engaños si se limitaran simplemente a la política, si no se apoyaran en el resurgimiento del igualitarismo socialista. En la U.R.S.S. la libertad disminuyó y fue suprimida cuando creció la desigualdad; sólo puede desarrollarse nuevamente si ésta disminuye. Sin duda, la sociedad soviética está — y continuará estándolo durante algún tiempo — altamente estratificada. Los privilegios y las diferencias sociales que se han desarrollado en el transcurso de una generación no se desvanecen ni pueden desvanecerse de golpe. La lucha contra la desigualdad será también larga y penosa. Pero lo que en este momento es de la mayor importancia es que después de una pausa tan larga la lucha ha comenzado nuevamente y que la tendencia igualitaria ha conseguido ya — ¡y con cuán sorprendente facilidad! — sus primeras y bastante importantes victorias. El hecho supera en importancia los volúmenes de abstracto teorizar político sobre la "imposibilidad de reforma en un sistema totalitario".

Resulta innecesario decir que las tres décadas de totalitarismo pesan fuertemente sobre la situación actual. El ambiente social en que arraigó el stalinismo ha sido grandemente transformado, aunque no completamente. La destalinización avanza a través de contradicciones dialécticas. El gobierno del dirigente único ha sido rechazado, pero no el gobierno de la facción única (y menos el del partido único) del cual ha nacido el stalinismo. El principio de la infalibilidad de la dirección del partido ha sido abandonado; sin embargo, tanto los miembros del partido como las personas sin partido carecen todavía de la libertad de criticar y eliminar a los líderes falibles. Los hombres que gobiernan actualmente proclaman la necesidad de la controversia libre y abierta dentro de una estructura marxista de pensamiento, pero cuando se desarrolla semejante controversia se apodera de ellos el terror y están dispuestos a terminar con ella mediante una orden administrativa. (Así ha ocurrido en el importante debate entre las escuelas de pensamiento "del consumo" y "de la producción"). Por otra parte, las controversias acerca de la dirección de los problemas soviéticos en la última guerra y sobre la recuperación de auténticos documentos históricos, controversias estrechamente relacionadas con la política actual y futura, progresan todavía. La revuelta contra la disciplina y la uniformidad mental stalinista es universal e incontenible, pero no ha sido lo suficientemente positiva e inspirada por ideas lo suficientemente amplias y claras para proporcionar a la sociedad una diversidad de perspectivas real y fecunda, ni para articularla políticamente. Los principios y las prácticas de la teocracia staliniana se hallan muy desacreditados; pero los hábitos de pensamiento se reafirman una y otra vez. El culto a Stalin ha muerto, pero el culto a Lenin, a pesar de ser más racional en su contenido y en su forma, continúa oscureciendo el pensamiento político.

Basta citar estas contradicciones — y existen muchas más — para demostrar nuevamente no ya el carácter espúreo de todo el proceso — como lo consideran algunos —, sino, precisamente, su realidad. Sin estas contradicciones la destalinización hubiera sido ficción pura, efecto teatral y artificio, o imaginación carente de vida de un "científico político" obtuso. Con ellas, es lo que es:

un auténtico proceso histórico.

El stalinismo representaba una amalgama del marxismo con las tradiciones semibárbaras y cuasibárbaras y con la magia primitiva de una sociedad esencialmente preindustrial, esto es, no simplemente pre-socialista sino pre-burguesa. Sin embargo, bajo el stalinismo Rusia se elevó hasta la posición de segunda potencia industrial mundial. Al propiciar la modernización y la industrialización de Rusia el stalinismo se desarraigaba a sí mismo con sus propias manos y preparaba su "extinción gradual". Pero también aquí la compleja dialéctica de la situación ridiculiza las abstracciones lógicas y las simplificaciones del moralista y del "filósofo político". Se trata, a grandes rasgos, del desarrollo rápido de sus fuerzas productivas, que impone y obliga a la sociedad soviética liberarse a sí misma de las ligaduras del stalinismo. Pero es al mismo tiempo el relativo subdesarrollo de estas mismas fuerzas productivas lo que mantiene vivo un fuerte residuo de stalinismo.

Una nación cuya población urbana ha aumentado aproximadamente entre cincuenta y cinco y sesenta millones de personas en sólo treinta años; cuya producción anual de acero se ha elevado, en el mismo período, de cinco a cincuenta millones de toneladas, y cuyo aparato industrial ha competido con pleno éxito en los problemas de la tecnología nuclear muy por delante de las antiguas naciones industriales de Europa; una nación así no puede ser gobernada por un "Sol naciente" o un "Padre del Pueblo", y amedrentarse con los totems y tabúes stalinistas, los cuales pertenecen esencialmente a una fase muy anterior y mucho más baja de la civilización. Firmemente asentada la propiedad pública de los medios de producción, consolidada y en expansión la economía nacional y — lo que no es de la menor importancia — con las tradiciones de una revolución socialista vivas en el espíritu de los ciudadanos, la Unión Soviética rompe con el stalinismo para reanudar su avance hacia la igualdad y hacia la democracia socialista.

Este avance, sin embargo, tropieza con un obstáculo inmediato en la inadecuación relativa de las fuerzas productivas soviéticas, que no se han desarrollado suficientemente o que lo han hecho demasiado unilateralmente, para asegurar al grueso del pueblo un nivel de vida muy superior al actual, un nivel de vida en que las relaciones humanas dejen de ser una competencia y una lucha constante de todos contra todos y en que todo el pueblo quede impregnado por el espíritu de colaboración y de asociación socialista. La escasez relativa de bienes de consumo (especialmente de viviendas) es un factor *objetivo* decisivo que limita la reforma igualitaria y democrática.

Esta escasez no debe ser considerada simplemente en el contexto de la situación económica interna de la U.R.S.S. Debe ser vista sobre el telón de fondo de la situación mundial, que impone a la U.R.S.S. una carrera económica y de poder político con los Estados Unidos y que, hasta cierto punto, obliga a los gobernantes soviéticos a forzar el desarrollo de la industria pesada a costa, inmediateamente, de los intereses de los consumidores. Las necesidades de la industrialización de China y, en parte, de la Europa Oriental, han tenido también idéntica consecuencia. El trabajador soviético ha empezado a "financiar" con la mayor buena fe a los países comunistas subdesarrollados; y los "financia" con los recursos que, de otro modo, habrían sido empleados en elevar su propio nivel de vida. Esto, incidentalmente, es otro aspecto generalmente descuidado pero extremadamente importante de la destalinización (Stalin, al menos en los primeros años de postguerra, obligó a otros países comunistas a "financiar" la recuperación económica soviética). He aquí, en realidad, dos aspectos de la destalinización —la reforma interna de Rusia y la reforma en la relación entre la U.R.S.S. y todo el bloque soviético— que pueden verse en conflicto real entre sí. (El hecho de que el trabajador soviético "financie" inmediateamente a costa suya la industrialización de los países comunistas subdesarrollados es, naturalmente, una innovación histórica de las mayores consecuencias posibles. Contrasta

fuertemente con la práctica del imperialismo, que ha dado beneficios extras a los capitalistas pero que también ha elevado el nivel de vida de los trabajadores de los países imperialistas a costa de los súbditos coloniales. Un proceso exactamente contrario tiene lugar ahora en el bloque soviético. Ello explica por qué el parloteo occidental sobre programas de Cuatro Puntos se haya convertido en el hazmerreír de Asia. Con todo, los nuevos compromisos rusos con los demás países comunistas actúan también como un freno respecto de la tendencia reformista en el interior de Rusia.)

El carácter contradictorio de los factores *subjetivos*, humanos y psicológicos, de la destalinización no es menos sorprendente. La fuerza de inercia que mantiene vivos los hábitos de pensamiento y de acción stalinistas no debe ser subvalorada incluso después del contrapeso que ha recibido con el XX Congreso. Ciertamente, no se consume en sí misma. Una minoría privilegiada se ve obligada a defender sus privilegios. Una burocracia acostumbrada a gobernar de modo absolutista trata de mantener su predominio. La aristocracia obrera, o parte de ésta, puede no favorecer una política que disminuya la distancia existente entre ella y la masa de los trabajadores. Pero la resistencia de todos estos grupos a las nuevas líneas ya ha mostrado abundantemente ser más débil, mucho más débil, que lo que cabía esperar.

La peor y crucial contradicción reside en el carácter de los principales agentes de la destalinización, que no son sino los antiguos guardianes de la ortodoxia staliniana (¿cuánta tinta han gastado mis críticos, especialmente en los Estados Unidos, en declararme "soñador incurable" o incluso "apologeta del stalinismo", cuando tres años antes del discurso secreto de Khrushchev preveía este paradójico proceso!).

La paradoja no es algo accidental. La destalinización se ha convertido en una necesidad social, y la necesidad actúa por medio del material humano disponible. Si alguno de los miembros de la vieja oposición bolchevique — partidarios de Trotsky, de Zinoviev o de Bujarin — hubiera sobrevivido hasta hoy, los Khrushchev, Bulganin, Vorochilov y compañía seguramente habrían sido eliminados de los lugares de influencia y de poder, y los antistalinistas llevarían a cabo la destalinización incondicional, consistente, racionalmente y con absoluta franqueza. Pero la vieja oposición ha sido totalmente exterminada y no podían aparecer otras bajo el gobierno de Stalin. La tarea que habría sido el derecho histórico y el privilegio de los antistalinistas auténticos ha correspondido así a los stalinistas mismos, los cuales no pueden emprenderla más que hipócritamente. Han empleado de tal modo la mayor parte de su vida que no pueden construir sin derribar la propia obra. Las circunstancias han obligado a Malenkov y Khrushchev a actuar *hasta cierto punto* como ejecutores del testamento político de Trotsky. Lo peor no es que desempeñen este papel torpemente, mal o incluso monstruosamente mal, sino que lo desempeñen ellos.

¿Cuánto puede durar esta tarea? ¿Hasta dónde pueden llegar los epígonos de Stalin en la liquidación del legado staliniano? ¿Puede la "reforma desde arriba" abolir el sistema totalitario, o lo que queda de él, y sustituirlo gradualmente por una democracia socialista? ¿O es inconcebible el desarrollo de una democracia semejante sin un impulso revolucionario desde abajo, a cuya simple amenaza, sin embargo, el actual grupo dirigente se apartaría con pánico del camino de la reforma?

La respuesta a esta cuestión no depende de preferencias políticas por la "reforma" o la "revolución" (como parecen suponer los críticos que me acusan de predicar una especie de "inevitabilidad del gradualismo" para la Rusia poststalinista), sino de los hechos de la situación. La ruptura con el stalinismo ha sido realizada, en gran parte, por el camino de la reforma desde arriba. Hasta la fecha, todo el período de los años posteriores a Stalin se caracteriza por una iniciativa reformista, asombrosamente intensa, que procede del grupo gobernante. No hay duda

de que esta iniciativa puede haber sido estimulada por una variedad de presiones desde abajo, que habrán hecho consciente al grupo dirigente de la incompatibilidad de la nueva estructura de la sociedad soviética con la "sobreestructura" stalinista. Pero las presiones desde abajo han sido, a lo sumo, semiarticuladas nada más. Tanto es así que nadie, fuera del grupo gobernante, se ha hallado en situación de mensurarlas o siquiera de definir las con cierta precisión. En todo caso, ninguna iniciativa política consciente y eficaz ha surgido de abajo: ningún movimiento de masas espontáneo, ninguna organización política nueva, ninguna idea o incluso ningún slogan. (Naturalmente, me refiero exclusivamente a la U.R.S.S.; no puedo analizar aquí la situación de la Europa Oriental, diferente y en algunos aspectos más complicada.) Ciertamente, los presos políticos de los campos de Vorkuta y otros lugares han luchado por defender sus derechos; los estudiantes georgianos se han manifestado para defender... la memoria de Stalin. Pero éstas y otras posibles manifestaciones divergentes de acción política "desde abajo", por muy importantes que sean como síntoma, han estado limitadas a los márgenes de la vida política y no han puesto en marcha ningún movimiento político nacional, "reformista" o "revolucionario". La aparente ausencia de semejantes movimientos pone más de relieve todavía el fenómeno de la reforma desde arriba.

Pero esta situación tampoco ha sido accidental. Refleja el vacío que los acontecimientos de más de treinta años han creado en la consciencia política de la nación. Que el stalinismo ha "atomizado" y reducido a un estado amorfo el espíritu político del pueblo soviético es una tautología altamente repetida. Sin embargo, resulta más fácil repetirla que inferir las consecuencias que se siguen inevitablemente de ello. En una sociedad cuya consciencia política ha sido atomizada o reducida a un estado amorfo, todo cambio político importante, si es una necesidad social imprescindible para ella, solamente puede provenir del grupo dominante. Esto es precisamente lo que ha ocurrido en Rusia. Independientemente de lo mucho que uno aborrezca a los epígonos de Stalin, hay que admitir que han mostrado ser capaces de una respuesta mucho más sensible a la necesidad de la reforma que lo que generalmente se esperaba de ellos.

Sin embargo, la actual es una fase de transición. Solamente puede perdurar mientras haga de puente o llene el vacío formado históricamente en la consciencia política del pueblo soviético. El grado de liberalización actual es probablemente suficiente para permitir un campo para la formación de nuevos procesos de pensamiento político y de formación de opinión entre la *intelligentsia* y la clase obrera. Estos procesos son, por su naturaleza misma, moleculares, y exigen tiempo para madurar. Pero cuando hayan madurado es seguro que transformarán en profundidad todo el clima moral y político del comunismo, y lo transformarán en el espíritu de la democracia socialista.

Solamente cuando el vacío en la consciencia política de las masas soviéticas y de la *intelligentsia* soviética haya sido eliminado podrá llevarse la destalinización hasta su conclusión última, a la que difícilmente podrán llegar los epígonos de Stalin. En cierta medida, el cambio de clima político ha de coincidir con un cambio de generaciones. Acaso exija unos cuantos años más antes de que los resultados de la formación de opinión post-stalinista se muestren por sí mismos y antes de que hombres nuevos lleguen a exponer nuevas ideas y a formular nuevos programas. En ese momento la generación de Khrushchev, Bulganin y compañía estará llegando a su final; y muy bien puede ser sustituida a la cabeza de la dirección no ya por hombres de la generación media, que hayan gastado y en parte perdido sus mejores años bajo el stalinismo, sino por personas que ahora se hallan solamente en el camino de la madurez política.

La cuestión de si el cambio y la sustitución de los grupos dominantes y las generaciones se realizará gradual y pacíficamente o a través de convulsiones violentas y un conflicto irreductible,

difícilmente necesita y difícilmente puede ser resuelta a priori. El conjunto del proceso carece de precedentes, y en las ecuaciones hay demasiadas incógnitas. Cabe, a lo sumo, analizar las condiciones en las cuales el cambio o la serie de cambios puede seguir su curso de modo relativamente pacífico y reformista, y también aquellas bajo las cuales la fase reformista puede mostrar ser solamente un prelude para una sacudida violenta. La cuestión es demasiado amplia, compleja y especulativa para ser examinada aquí. No obstante, independientemente de la variante del desarrollo histórico, el requisito previo esencial es el mismo: la aparición de una conciencia política nueva y auténtica, que no haya sido lisiada por la imposición de un modelo monolítico ni falsificada por mitos totalitarios. La desestalinización hace posible e incluso necesaria la cristalización de semejante conciencia. En ello reside su significado progresivo.